

La técnica entre dos ontologías

Eladio C. P. Craia *

Francisco Luis Giraldo-Gutiérrez **

Resumen

El presente texto tiene como objetivo central abordar el problema de la técnica y la tecnología contemporáneas a partir de una perspectiva ontológica. En un primer movimiento, acompaña cartográficamente el diagnóstico ontológico heideggeriano sobre la técnica, verificando su radicalidad y precisión. En un segundo momento, analiza lo que será definido como límites conceptuales de la ontología heideggeriana cuando referida a la técnica. Finalmente, el artículo propone un ajuste en el ámbito conceptual ontológico para pensar la técnica a partir de otra forma de ser, parcialmente diversa de aquella propuesta por Heidegger. Esto implica en la posibilidad de pensar la técnica no como un modo de ser homogéneo y totalizante, y menos aún como un peligro final derivado de su capacidad de producir apenas un sentido de mundo. Por el contrario, el texto propone entenderla como un campo de producción, no apenas cuantitativo, esto es, mecánico, sino como ámbito de una producción diferencial, que sea capaz de abrir mundos y no apenas de obliterarlos.

Abstract

The main objective of this text is to think about the problem of contemporary technology and technology from an ontological perspective. In a first movement, it summarizes the Heideggerian ontological diagnosis on technique, verifying its radicality and precision. In a second moment, it analyzes what will be defined as conceptual limits of the Heideggerian ontology when referring to the technique. Finally, the article proposes an adjustment in the ontological conceptual field to think the technique from another way of

* Profesor del Programa de Post grado en Filosofía de la Pontificia Universidade Católica de Paraná – Curitiba Brasil. eladiocraia@hotmail.com

** Instituto tecnológico Metropolitano (ITM) - Medellín, Colombia - franciscogiraldo@itm.edu.co; fgiraldo1963@gmail.com

being, partially different from that proposed by Heidegger. This implies the possibility of thinking technique not as a way of being homogeneous and totalizing, and even less as a final danger derived from its capacity to produce only a sense of the world. On the contrary, the text proposes to understand it as a field of production, not just quantitative, that is, mechanical, but as an area of differential production, capable of opening worlds and not just obliterating them.

Introducción

Observado de un modo extremadamente general, podemos verificar que el cuestionamiento filosófico en torno de la técnica y la tecnología contemporáneas, (agrupemos las dos categorías apenas por el momento), opera, en términos concretos, a partir de un amplio abanico de vectores de ingreso. Es posible leer la técnica desde el ámbito de la reflexión política; desde las preocupaciones éticas; a partir de los daderos epistemológicos; y, evidentemente desde el punto de vista de la filosofía de la cultura, entre otra infinidad de campos de análisis. También lo es desde la pregunta ontológica; inclusive, e de modo profundamente instigador, es justamente desde este horizonte reflexivo que uno de los autores pilares en la interrogación de la técnica piensa, nos referimos, de manera evidente, a Martin Heidegger. Desde este punto de vista, de lo que se trata es de especificar la naturaleza de eso que vagamente llamamos de técnica y de tecnología. Por otro lado, parece arto difícil para los análisis filosóficos de la técnica, escapar de cierto maniqueísmo, sea este moral, epistemológico u ontológico; alarmarse o celebrar este estado de cosas de nuestra época parece inevitable. El cruce de estas dos perspectivas expone un problema mayor para el pensamiento sobre la técnica. Se trata de reconocer que, si Heidegger de hecho apunta a cierta verdad sobre la técnica, entonces las demás lecturas serán siempre y fatalmente limitadas. Si la técnica es ontológicamente determinada, entonces, tanto la política, como la ética, (entre otras perspectivas), estarán limitadas a este horizonte de sentido fenoménico más originario. Siendo así, apenas otra construcción conceptual ontológica podría pensar la técnica desde otro lugar.

Reconociendo esta dificultad, el presente texto tiene como primer objetivo acompañar cartográficamente el diagnóstico ontológico heideggeriano sobre la técnica, verificando su radicalidad y precisión. En un segundo momento, analizaremos lo que definimos como ciertos límites de algunos operadores conceptuales de la ontología heideggeriana, a la hora de pronosticar las consecuencias de la técnica. Podríamos sintetizar diciendo que aceptamos el diagnóstico y que no estamos convencidos del pronóstico.

Finalmente, propondremos un ajuste en el ámbito conceptual ontológico para pensar la técnica a partir de otra forma de ser, parcialmente diversa de aquella propuesta por Heidegger. Esto quiere decir, pensar la técnica no como modo de ser homogéneo y totalizante, ni como peligro final, en virtud de su capacidad de producir apenas un sentido de mundo. Al contrario, entenderla como campo de producción, no apenas cuantitativo, esto es, mecánico, sino como ámbito de una producción diferencial, que sea capaz de abrir mundos y no apenas de obliterarlos.

Heidegger: ontología y Técnica

Comencemos situando el tema: ¿Qué dice la reflexión de Heidegger sobre la técnica cuando analizada en su sentido más general y transitado, aquel que organiza una opinión y orienta una escuela?

En primera instancia es necesario recordar que su cuestión básica y perenne, - esto es, aquella que interroga el sentido del Ser, en la afirmación de una ontología no metafísica-, es, modo evidente, continuada por la propia cuestión sobre la técnica, de manera que esta última sólo encuentra su sentido sobre el fondo de su nuevo modo de cuestionar el sentido del Ser en cuanto tal. En virtud de esta analítica, aquello que se mantiene como tesis central a través de los diferentes momentos reflexivos y de los diversos (y pocos) textos que abordan la cuestión de la técnica es la caracterización de esta como modo de ser epocal, y, por lo tanto, intrínsecamente vinculada a la cuestión del *desvelamiento* (*Entub*) del Ser.

En efecto, para Heidegger “existirían” diferentes modos del Ser se manifestar, según las características con las que el desvelamiento se da en las diferentes “épocas”; estos momentos pueden ser designados como "diagramas *epocales*. Entendemos por diagramas epocales aquellos períodos en los que surge y se despliega un determinado

modo de desvelamiento del Ser, esto es, una comprensión de mundo, un sentido de mundo, efectivizado fenoménicamente por cierto tipo de desarrollo del tejido óntico, es decir, del universo de lo que se presenta como el plexo de lo real. Se trata de la forma y del sentido ontológico bajo los cuales el mundo se constituye en diferentes épocas; o, dicho más radicalmente: el modo en que las cosas se presentan con sentido para “esta cosa” que nosotros mismos somos, según la forma de la temporalidad. Al plantearse la cuestión de esta manera, se impone una aclaración fundamental con relación al problema del estatuto "histórico" de estos momentos epocales. Este esquema heideggeriano no responde a las exigencias de lo que vagamente podríamos llamar de perspectivas filosóficas post hegelianas, aquellas que insisten en la posibilidad de pensar el mundo bajo el prisma de un proceso histórico general e inteligible. Por el contrario, la forma de “historicidad” propuesta por Heidegger, -y que se constituye y caracteriza a través de los diferentes diagramas-, no opera como un proceso unitario organizado en torno a una línea neutra de tiempo que sería externa al propio diagrama, en contraste, es el modo del desvelar que abre y define la forma histórica de una época. No se trata de la "historiografía" como sucesión de eventos encadenados y reconocibles, sino de la historicidad como teatro de las formas de manifestación del Ser.

Es en el marco de este horizonte conceptual, que la técnica se define como un “diagrama epocal del desvelar” y, tal vez, como pretendemos mostrar más adelante, el más decisivo. Ahora bien, en lo que corresponde estrictamente a la esfera técnica, ¿cómo pensar este diagrama epocal por ella abierto? Comencemos, pues, con las palabras con las que el propio Heidegger abre su conferencia del 18 de noviembre de 1953 titulada: *La pregunta por la técnica*.

Preguntamos por la *técnica* y con ello quisiéramos preparar una relación libre con ella. La relación es libre si abre nuestro estar a la esencia de la técnica. Si correspondemos a aquella, entonces somos capaces de experimentar lo técnico en su limitación. (Heidegger, 1994: p. 09).

Es así, y con esta drástica simplicidad, que el pensar acerca de la técnica deja de ser un problema meramente “instrumental”, para convertirse en un cuestionamiento por su fundamento ontológico. La sentencia heideggeriana que inaugura este desplazamiento reflexivo es tan densa como lapidar: “la esencia de la técnica no es técnica”.

De este modo, la esencia de la técnica tampoco es en manera alguna nada técnico. Por esto nunca experienciaremos nuestra relación para con la esencia de la técnica mientras nos limitemos a representar únicamente lo técnico y a impulsarlo, mientras nos resignemos con lo técnico o lo esquivemos (Heidegger, 1994, p. 09).

Esta delicada distinción propuesta por Heidegger constituye uno de los elementos centrales del presente análisis. Sin embargo, para reconocer y aproximarnos a su fuerza conceptual, en primer lugar, será necesario delimitar con mayor precisión hacia donde apunta esta pregunta por la esencia de la técnica; cual es su gramática fundamental.

A partir de esta apertura conceptual heideggeriana, un nuevo conjunto de posibilidades se abre para el campo de la propia filosofía de la técnica, puesto que a partir de la reflexión heideggeriana no es más posible pensar a la técnica desde la propia técnica, ni con las herramientas de la reflexión que parten de la técnica como presupuesto, o sea, como lo simplemente dado. Por este motivo, -para Heidegger-, es completamente inútil, desde el punto de vista de una reflexión más vertical, como la por él pretendida, pensar la técnica como el conjunto de medios materiales con los cuales un determinado hacer humano alcanzar fines preestablecidos.

Preguntamos por la técnica cuando preguntamos por lo que ella es. Todo el mundo conoce los dos enunciados que contestan a nuestra pregunta. El uno dice: la técnica es un medio para unos fines. El otro dice: la técnica es un hacer del hombre. Las dos definiciones de la técnica se copertenecen. Porque poner fines, crear y usar medios para ellos es un hacer del hombre. [...] La representación corriente de la técnica, según la cual ella es un medio y un hacer del hombre, puede llamarse, por tanto, la definición instrumental y antropológica de la técnica. (Heidegger, 1994, p. 09).

Estamos en el umbral del desplazamiento propuesto por Heidegger en su enfoque de la técnica; de la epistemología y la antropología hacia la ontología. Para superar la concepción tradicional de la técnica, según el pensador alemán, será necesario dar un paso atrás en la reflexión e interrogar el ámbito donde esta propia concepción instrumental-antropológica se enraíza. En efecto, la técnica moderna es una nueva forma

de desvelamiento del Ser y, por lo tanto, en cierto sentido, un nuevo modo de “verdad” de la época¹.

Pero dijimos que la definición instrumental de la técnica es correcta. Ciertamente. Lo correcto constata cada vez algo que es lo adecuado en lo que está delante. Sin embargo, para ser correcta, la constatación no necesita en absoluto desvelar en su esencia lo que está delante. Sólo allí donde se da este desvelar acaece de un modo propio lo verdadero. De ahí que lo meramente correcto no sea todavía lo verdadero. Sólo esto nos lleva a una relación libre con aquello que, desde su esencia, nos concierne. (Heidegger, 1994, p. 10).

De este modo, parece evidente que el cuestionamiento sobre la verdad de la época técnica no podrá ser pautado apenas por una reflexión respaldada en la propia certeza que los saberes sobre la técnica mantienen con relación a ella misma. Así, por ejemplo, la técnica que mundifica no puede ser entendida desde la propia tecnología moderna, sus artefactos y sus presupuestos, ni su esencia interrogada a partir de análisis basados en concepciones epistemológicas construidas desde la ciencia moderna para definir la técnica en su relación con ella, es decir, la técnica entendida como tecnociencia. Ahora bien, de la misma manera que la posibilidad de pensar nuestro mundo técnico no se encuentra en la propia técnica, esta posibilidad tampoco debe ser buscada en el simple abandono de ella a partir de una elección volitiva que nos llevaría a promover una mirada “exterior” a la técnica, -entre otros motivos, porque tal abandono no parece posible en este punto histórico, dado su estado actual de desarrollo.

En fin, se trata, con Heidegger, de pensar la esencia de la técnica, es decir, su verdad, como forma epocal del desvelamiento, con la “serenidad” que nos permite vivenciarla no desde afuera, (desde una ética o una política que podrían “organizarla” o “limitarla”, por ejemplo), sino desde el seno de su modo de aparecer, o en las palabras de

¹ La técnica no es pues un mero medio, la técnica es un modo del salir de lo oculto. Si prestamos atención a esto se nos abrirá una región totalmente distinta para la esencia de la técnica. Es la región del desvelamiento, es decir, de la verdad. (Heidegger, 1994: 13). En efecto, resumidamente, para Heidegger, la verdad no se basa ni en el principio de adecuación ni en un esquema de la revelación, pero, justamente, sucede en el “desvelamiento o el desabrigar”. Dejar que la “cosa sea”, insiste Heidegger glosando a Husserl, es decir, permitir que el ente recorte su verdad sobre el fondo del Ser, bajo la diferencia del Ser, siempre oculto. Manifestación en el ocultamiento del Ser bajo la aparición del ente. Esta dinámica propuesta por Heidegger del ocultamiento y desvelar entre el Ser y el ente, o, según los propios conceptos heideggerianos, entre el óntico y el ontológico, constituye el centro de la noción del pensador alemán sobre la verdad, aquello que se dio en llamar, de modo vago y no poco problemático: “el retorno a la concepción originaria griega de verdad”.

Heidegger en la citación anterior: en una libre relación con lo que nos toca, dado que: “Técnica es un modo de desabrigar. La técnica se torna esencial en el ámbito donde ocurre el desabrigo y el desvelamiento, donde ocurre la *Aletheia*”. (Heidegger, 1997: 56). La técnica debe, entonces, ser pensada desde una ontología fundamental; esta es la declaración de principio central de la analítica heideggeriana.

El modo de ser técnico

Declara Heidegger: ¿Qué es la técnica moderna? También ella es un hacer salir lo oculto. Sólo dejando descansar nuestra mirada en este rasgo fundamental se nos mostrará lo nuevo de la técnica moderna.”. (Heidegger, 1994, p. 14).

La más decisiva característica de este modo de desvelar es la de obligar al ente a manifestarse como fuente de energía pasible de ser almacenada para luego ser liberada de un modo abstracto e indeterminado. El epifenómeno, el modo más superficial de este proceso, se observa en el proceso de transformación y determinación de las cosas *según la forma que más convenga al propio modo de ser técnico, pero efectuados a través de la operación del hombre y de acuerdo con sus fines particulares*². Ahora bien, lo que posibilita este modo de manifestarse de la técnica a través de lo tecnológico es, justamente, el ámbito anterior del desvelar³. La técnica moderna se desvela como forma del Ser en nuestra época, de tal modo que deja aparecer el ente, ahora como modo tecnológico, provocándolo, interpellándolo y, de este modo, especificándolo tantas veces como el hombre quiera, y bajo el aspecto que desee.

Con todo, el hacer salir lo oculto que domina por completo la técnica moderna, no se despliega ahora en un traer_ahí_delante en el sentido de la *poiesis*. El hacer salir lo oculto que prevalece en la técnica moderna es una provocación que pone ante la Naturaleza la exigencia de suministrar energía que como tal pueda ser extraída y almacenada. (Heidegger, 1994: 14).

² Como vemos, apenas la última parte de esta sentencia es recogida en las definiciones instrumentales y antropológicas anteriormente citadas; la primera parte de la afirmación, sin embargo, permanece intocada por este tipo de análisis.

³ Anticipamos que estamos operando aquí un ajuste conceptual sobre el cual volveremos de modo demorado mas adelante.

Según esta verificación heideggeriana, las cosas dejan de ser lo que ellas podrían ser como posibilidad abierta y diferencial, tanto en su singularidad como en su sentido genuino. Bajo esta perspectiva, la técnica muestra las entrañas de la cosa, ahora nombrada como “objeto tecnológico”, su intimidad tornada estructura inteligible y numérica, la cosa como simple parte de la materia, fragmento anónimo y cuantificable del mundo natural. La técnica no promueve la presentación de la cosa como singularidad específica y, al mismo tiempo, como indeterminada por la multiplicidad de sus eventuales usos, por el contrario, produce desde la operación de lo que Heidegger llama “subsistencia” (*Bestand*), un constante producir y depositar de objetos siempre disponibles, siempre listos para ser manipulado y descartado; el subsistente.

Lo así solicitado tiene su propio lugar de estancia, su propia plaza. Lo llamamos las existencias. La palabra dice aquí más y algo más esencial que sólo «reserva». La palabra «existencias» alcanza ahora rango de un título. Caracteriza nada menos que el modo como está presente todo lo que es concernido por el hacer salir lo oculto (Heidegger, 1994: 15).

Para Heidegger, una situación tal nunca había acaecido ni en la historia clásica ni en la historicidad de las formas del Ser, dado que, en otros períodos epocales, cada expresión óptica, cada modo de ser de las cosas podía mantener su especificidad al entrar en una relación, aunque sea de servicio, con el hombre, un servicio limitado y que no oblitera la abertura al mundo del que forma parte. Así, el viento continuaba hablando entre las paletas del molino; y en la estatua de mármol y en la construcción de granito, la roca continuaba manteniéndose como ella misma, y a partir de ella misma, para citar figuras caras a Heidegger. Contrariamente, como ya apuntamos, con la técnica contemporánea todo se transforma en producción y depósito o disponibilidad, puesto para el consumo y la utilidad final.

El hacer salir de lo oculto que domina por completo a la técnica moderna tiene el carácter del emplazar, en el sentido de la provocación. [...] El emplazar que provoca las energías de la Naturaleza es un promover en un doble sentido. Promueve alumbrando y exponiendo. Este promover, sin embargo, está emplazado de antemano a promover otras cosas, es decir, a impulsar hacia la máxima utilización con el mínimo gasto. El carbón extraído de la cuenca no está emplazado para que

esté presente sin importar dónde sea. Está en depósito, es decir, está puesto y a punto para la sollicitación del calor solar que está almacenado en él. Este calor solar es provocado en vistas al calor sollicitado para suministrar vapor, cuya presión empuja el mecanismo por medio del cual la fábrica se mantiene en actividad.

La central hidroeléctrica está emplazada en la corriente del Rin. Emplaza a ésta en vistas a su presión hidráulica, que emplaza a las turbinas en vistas a que giren, y este movimiento giratorio hace girar aquella máquina, cuyo mecanismo produce la corriente eléctrica, en relación con la cual la central regional y su red están sollicitadas para promover esta corriente. En la región de estas series, imbricadas unas con otras, de sollicitación de energía eléctrica, la corriente del Rin aparece también como algo sollicitado. La central hidroeléctrica no está construida en la corriente del Rin como el viejo puente de madera que desde hace siglos junta una orilla con otra. Es más bien la corriente la que está construida en la central. (Heidegger, 1994, págs. 14-16).

Resumidamente, se trata de una determinada forma de desvelarse del Ser: el desvelamiento como total “disponibilidad” (*Gestell*) o “plasticidad”; el Ser como utilidad y el ente como mero útil. Pero la disponibilidad o la utilidad no son, ellas mismas, nada técnico en su esencia, por el contrario, ellas mismas operan a modo de condición de posibilidad, o, para ser más fieles al glosario heideggeriano, como siendo la esencia misma de la técnica. Así, es la “actitud técnica” ante el mundo la que opera como precondition o marco “trascendental” de la comprensión, dentro de la cual lo real es desvelado o manifestado modernamente como “mundo tecnológico”. Por otro lado, cualquier modo de diferenciación auténtica en la esfera de lo óntico es abortado desde una homogeneización operada a partir de este modo de desvelamiento ontológico que produce lo tecnológico. De esta suerte, para Heidegger, una de las características fundamentales de la época técnica es la uniformidad, la supresión de cualquier singularidad diferencial, todo se convierte en materia de intercambio y de equivalencias, por eso, todo depende de un “cálculo”. Porque todo es homogéneo, todo puede ser cambiado y funcionalmente sustituido; ahora bien, cualquier intercambio es siempre precedido por un cálculo: la técnica calcula, y donde el cálculo impera, el pensamiento es suspendido. Así, para Heidegger, y de un modo no poco dramático, la operación de un constante cálculo es el modo de desterrar del espíritu de un pueblo el espacio para el auténtico pensar.

Según esta línea de análisis que aquí proponemos sobre la filosofía de la técnica de Heidegger, el horizonte para el que el pensador alemán conduce la reflexión se constituye en un punto sin retorno, un límite. La radicalidad del pensamiento heideggeriano lleva la interrogación hasta sus últimas consecuencias pensables en términos ontológicos, y sobre ella misma se cierra.

El peligro de la técnica y su límite

Heidegger declara que la técnica no sería apenas un modo más del desvelamiento, mucho menos un diagrama epocal de mundificación entre otros; al contrario, se trataría de un horizonte ontológico singular y decisivo, poseedor de ciertos predicados que lo harían único y, quizá, final, constituyéndose, entonces, en un peligro esencial para el ser humano.

Llevado a estar entre estas dos posibilidades, el hombre está en peligro desde el sino. El sino del hacer salir lo oculto es, como tal, en cada uno de sus modos y por ello necesariamente, *peligro*. El sino del hacer salir lo oculto no es en sí un peligro cualquiera sino **el** peligro. (Heidegger, 1994, p. 15-24).

Se trataría del lugar y el momento en que el pensamiento no posee ya espacio; o el modo en que la clausura del horizonte de sentido del mundo del ente a partir de un sentido único podría ser llevado a su concreción. La técnica carga en ella el poder de acabar con el pensar, (entendido como comprensión de mundo), y con el mundo como un mundo de sentido abierto y múltiple para este ente que nosotros mismos somos⁴. Esto es así porque, en cuanto modo de desvelamiento ontológico, la técnica determinaría cierto “sentido de mundo de una manera total”; cierta “mundificación”, para decirlo con Heidegger, “totalizante”. El cálculo y el almacén se envuelven en ellos mismos.

Con todo, la estructura de emplazamiento no sólo pone en peligro al hombre en su relación consigo mismo y con todo lo que es. Como sino, remite esta relación al hacer salir lo oculto según el modo del solicitar. Donde éste domina,

⁴ Parecería ser que Heidegger no escapa a la antigua tendencia de los filósofos de ver en su propia época un momento singular, el advenimiento de una forma histórica diferenciada, generalmente, una marca visible en el flujo de un proceso histórico.

ahuyenta toda otra posibilidad del hacer salir lo oculto. La estructura de emplazamiento oculta sobre todo aquel hacer salir lo oculto que, en el sentido de la *poiesis*, hace venir-delante, deja aparecer a lo presente. En comparación con esto, el emplazar que provoca empuja hacia un respecto que está dirigido en el sentido opuesto a aquello que es. Donde prevalece la estructura de emplazamiento, la dirección y el aseguramiento de las existencias marcan con su impronta todo hacer salir lo oculto. Llegan a hacer incluso que su propio rasgo fundamental, a saber, este hacer salir lo oculto, no aparezca ya como tal. (Heidegger, 1994, p. 17).

La técnica interpela, exige al ente que se “presente”, que se coloque según el modo de utilidad y del cálculo, es decir, según la perspectiva de la imposibilidad de un desvelar diferente. La técnica es el modo “más peligroso” del desvelamiento, puesto que exige y condena al ente, esto es, también, y de modo totalizante, al artefacto tecnológico, y no apenas al hombre-, en su totalidad a recortarse sobre un determinado modo de presentación total y unitario, el cual inhibe cualquier acceso a la posibilidad de pensar el Ser, o sea, el sentido del aparecer del ente en su diferencia ontológica con el propio ente. Se trata, por lo tanto, de la consumación del advenimiento de la Metafísica, de su concretización histórica.

Desde el momento en que lo no oculto aborda al hombre, no ya siquiera como objeto sino exclusivamente como existencias, y desde el momento en que el hombre, dentro de los límites de lo no objetual, es ya sólo el solicitador de existencias, entonces el hombre anda al borde de despeñarse, de precipitarse allí donde él mismo va a ser tomado sólo como existencia. Sin embargo, precisamente este hombre que está amenazado así se pavonea tomando la figura del señor de la tierra. (Heidegger, 1994, p. 17).

Una primera lectura podría indicar que Heidegger estaría operando a partir de un supuesto implícito y arriesgado, aquel que afirma *la posibilidad de pensar el Ser como totalización y su desvelamiento como una homogeneidad*⁵ En efecto, el vigor heideggeriano en la exposición de los peligros de la técnica parecería indicar que además del espacio por ella abierto,

⁵ En este sentido, de nada sirven los postulados de Heidegger a favor de lo abierto de la existencia o de la función primordial de la diferencia ontológica; en cuanto la posibilidad de totalización esté en el horizonte del ser y del pensar, aquellas nociones serán siempre de segundo grado, subordinando su eficacia a un marco que las excede; en fin, determinadas por la metafísica

nada de noble o de fundamental, en relación con el hombre podrá subsistir; es decir, con la expresión “dominio total y global de la técnica”, Heidegger estaría indicando entonces que la técnica es un modo de desvelamiento que, por fin, habría homogeneizado todo lo existente bajo una única rúbrica ontológica. Si así fuera, la hipótesis del fin de la filosofía y del pensar, finalmente se habría efectuado. La técnica sería, de cualquier suerte, un verdadero y último destino, ya no la morada del Ser, sino el nicho del pensar.

La estructura de emplazamiento deforma el resplandecer y el prevalecer de la verdad. El sino que destina a la sollicitación es por ello el peligro extremo. Lo peligroso no es la técnica. No hay nada demoníaco en la técnica, lo que hay es el misterio de su esencia. La esencia de la técnica, como un sino del hacer salir lo oculto, es el peligro. El sentido transformado de la palabra *Ge-stell* (estructura de emplazamiento) se nos hará ahora tal vez algo más familiar, si pensamos el *Gestell* en el sentido de sino y de peligro.

Lo que amenaza al hombre no viene en primer lugar de los efectos posiblemente mortales de las máquinas y los aparatos de la técnica. La auténtica amenaza ha abordado ya al hombre en su esencia. El dominio de la estructura de emplazamiento amenaza con la posibilidad de que al hombre le pueda ser negado entrar en un hacer salir lo oculto más originario, y de que este modo le sea negado experimentar la exhortación de una verdad más inicial. (Heidegger, 1994, p. 18).

Sin embargo, y sin dejar de reconocer la importancia y la gravedad de lo que acabamos de indicar⁶, otra aporía más ardua de ser evitada nos parece subsistir en esta reflexión heideggeriana. Más allá de su riqueza conceptual y de su novedad, el propio Heidegger parece marca los límites de su filosofía de la técnica. La cuestión central es aquella que gira en torno a la “decisión” de Heidegger de trazar una historia que busque lo idéntico en el horizonte de la diferencia, y no viceversa⁷. En efecto, exponer la historia

⁶ Es evidente que esta posición de Heidegger es harto más compleja que este esquema aquí presentado; en particular con relación a los operadores conceptuales que el filósofo expone objetivando evitar estas consecuencias aquí apuntadas. A modo de ejemplo podemos recordar que, para Heidegger, los modos del desvelamiento son plurales y variados, y que se “suceden”, como ya anticipamos, sin relación causal. No habiendo una relación causa-efecto no es posible postular un camino o una vía central que conduzca los destinos del desvelar hacia un punto determinado o una conclusión que oblitere en cuanto epílogo el proceso anterior. Los modos epocales del desvelar no responden a una lógica histórica basada, a su vez, en una lógica teleológica dinamizada en un modelo causal. Así, la gramática epocal es pensada fuera de cualquier proceso teleológico que buscaría su punto final, sea este majestuoso o patético. Por ese motivo, la época de la técnica no debe ser caracterizada como puerto de llegada ni como forma de acabado o completitud de cierto proceso.

⁷ Jacques Derrida ya apuntaba esta problemática en su texto *Del Espíritu: Heidegger y la pregunta*.

del olvido del Ser implica buscar, en la vastedad del pensar, aquello que hay de idéntico, que se impone como identitario; implica buscar, en la sutileza de la vida y de la filosofía que la interroga, aquello que se repite como norma o patrón. Heidegger prefiere elaborar la historia de lo común, de lo que insiste y se repite como idéntico, o sea, del olvido del Ser, en lugar de delinear el mapa de los ámbitos conceptuales donde el pensar permitió el surgimiento de la diferencia, de lo excéntrico con relación al modo general del olvido. Heidegger nos exhibe como, históricamente, es posible pensar -y mostrar-, que el Ser fue olvidado, pero no nos presenta los momentos o las circunstancias donde este olvido generalizado fue engañado por lo diferente, por una especie de *clinámem*. El pensador alemán insiste en marcar lo que de idéntico sucede en la historia del pensamiento, pero, con ese gesto, deja escapar los momentos que podrían ser utilizados como el más íntimo motor de la reflexión filosófica. Con esto queremos decir que, en la historia de lo mismo elaborada por Heidegger, la falla que eventualmente permitiría abrir el pensamiento es, curiosamente, olvidada. El pensador de la diferencia más radical, la diferencia ontológica, parece “mantener en reserva” la diferencia cuando ella irrumpe en el horizonte del pensamiento.

Así, y a pesar de ser claro que no sobrevive en Heidegger ninguna teleología ni unicidad en las formas de desvelamiento, por otro lado, es posible reconocer la presencia de un intento riguroso de exteriorizar un linaje hincado en la identidad, y no una carta de navegación pensada a partir de la diferencia y elaborada a través de la concatenación de puntos diferenciales. Este presupuesto parece atravesar de modo tenaz toda su filosofía de la técnica, volviendo de ese modo a colocar como su signo distintivo la homogeneidad ontológica propia de los discursos clásicos.

Siguiendo por este andarivel, el filósofo alemán inevitablemente debería apuntar la técnica como etapa final, compacta y eficaz del proceso metafísico de olvido del Ser. La técnica totalizante, entendida como modo de aparición del ente en su cruda *calculabilidad*, fatalmente se constituiría en el último modo de ser de la historia de la metafísica. Por eso mismo, continúa siendo un límite; la cuestión heideggeriana que interroga a la técnica posee, ella misma, su propio margen y su propia exterioridad. En lo que sigue, propondremos una arquitectura ontológica que consideramos podría superar este límite y sus consecuencias algo fatalista.

Posicionarse a partir de una demanda conceptual que pueda repensar la técnica superando el ámbito de negatividad aquí expuesto, nos exige pensarla como productiva y como diferencial; siendo condición necesaria esta doble conceptualización: “productora y diferencial”. En efecto, de nada serviría, para nuestro ámbito de discusión, pensar la técnica como meramente productora, efectivamente, eso es lo que ella es por definición. Los grandes ámbitos fenoménicos de nuestra contemporaneidad son la prueba más cabal de esta característica. La técnica produce, ya sean artefactos materiales, signos epistemológicos, artes, espiritualidad, formas de subjetivación, placer, sexualidad, etc. En fin, no nos falta producción, al contrario, eso es lo que nos es dado como signo evidente de nuestro tiempo. Lo que resta saber, es si esta producción puede ser entendida, -y colectivamente vivida-, como producción diferencial, esto es, como productora de lo nuevo, lo diferente, lo enriquecedor; debemos verificar si la técnica no puede ser entendida como aquel campo privilegiado del enriquecimiento de nuestro mundo y no su clausura. Una técnica que mundifica diferencialmente, -o, dicho en clave spinoziana, potencializa-, nuestra realidad.

Ahora bien, es evidente que la técnica y su vector tecnológico producen mayoritariamente lo mismo, lo idéntico, lo iterable; las cadenas de producción industrial, la industria cultural, la proliferación de narrativas jurídicas, entre innumerables otros fenómenos, son ejemplo irrefutable de esto. No se trataría de un análisis, sino de la constatación de un hecho. No obstante, permanecer en esta verificación evidente, nos mantendría presos al gesto heideggeriano que más arriba reprobábamos, esto es, reconocer apenas lo que se da como idéntico, como lo mismo, sin permanecer atentos a lo que realmente importa en términos ontológicos, la producción de la diferencia, el *clinamen*. Pensar en estas líneas de fuga sería otro modo de leer la técnica.

Apuntábamos anteriormente, acompañando los análisis de Heidegger, que la *técnica* revela, transforma, acumula y distribuye las cosas según objetivos específicos y calculables, a través de los modos *tecnológicos*. Sin embargo, esta afirmación no es precisa con relación a la propuesta heideggeriana. Estos dos polos, *técnico* y *tecnológico*, o también, *técnica* y *tecnología*, pueden ser pensados como otras formas de nomenclatura para lo que ya fue anunciado por Heidegger: la distinción entre *técnica* y *esencia de la técnica*. Sin embargo, un desplazamiento semántico fue necesario aquí, donde, lo que en la letra

heideggeriana se indica como *esencia de la técnica*, nosotros llamamos de *técnica*, y lo que el ontólogo nombraba como *la técnica*, nosotros ahora llamamos de *tecnológico*. No obstante, esta reorganización semántica, lo que realmente importa es la inmanencia entre ambos y no su trascendencia o separación ontológica. Veamos con mejor lupa esta modificación conceptual.

En este sentido, entenderemos a partir de ahora, -y en este contexto-, por *tecnología* todo el universo fenoménico de los artefactos, sean estos fácticos y materiales, o bien abstractos con implicaciones concretas, incluyendo en esta categorización sus procesos de diseño, de producción y de circulación, entre otros que componen el universo de existencia de la cosa tecnológica; y entenderemos por *técnica* el horizonte más general de sentido que en nuestra época se constituye y da comprensión a aquello que, de modo más general, llamamos de realidad, y según el cual opera, sea de modo individual y, sobre todo, colectivo, esto es, político. Ahora bien, lo fundamental para que esta taxonomía esquemática funcione y se muestre razonablemente consistente es que se aplique a este par conceptual un tercer concepto: “inmanencia”. En efecto, no se trata de dos esferas ontológicas separadas cuya diferencia se establece a partir de una relación organizativa de la realidad, sea esta apenas causal, (lo tecnológico produce lo técnico), o trascendente, (la esencia de la fenoménica tecnológica contemporánea solamente se entiende por la remisión a su especificidad técnica). Rigurosamente hablando, -y siempre dentro de este recorte de análisis de la técnica-, nuestra realidad es compuesta exclusivamente de artefactos (concretos o simbólicos) y sus vicisitudes, esto es, lo tecnológico; nunca estamos “frente” a la técnica, (como tampoco frente a la “esencia de la técnica”), sin embargo, dado su carácter singular de composición, este modo de ser tecnológico de la época promueve un tipo de comprensión de la realidad, mundifica de cierto modo determinado. Así, comprendemos de modo “técnico”, campos fundamentales, como las nociones de cuerpo, riqueza, sexualidad, política, etc. Vislumbramos técnicamente este mundo tecnológico, y por vía de análisis podemos verificar su calculabilidad general en el horizonte de una producción total; sin embargo, del mismo modo podemos verificar otra dimensión no menos importante, aquella que ya definimos como producción diferencial. Esta distinción categorial sustenta conceptualmente nuestra propuesta⁸.

⁸ Como vemos, el eco heideggeriano de esta presentación es evidente, se trata de toda la relación entre lo óntico y lo ontológico. Sin embargo, la utilización del aparato conceptual de Heidegger constituyó el momento privilegiado de nuestro análisis que nos permitió proponer un abandono del mismo, una vez utilizado su preciso diagnóstico.

Nunca está demás acotar las interpretaciones cuando los conceptos en juego poseen una vasta historia y un fuerte linaje, como es el caso de la noción de inmanencia. Entendemos, en el presente contexto, inmanencia según la utilización que Gilles Deleuze hace de la misma. Así, se trata de aquel horizonte ontológico donde no es más posible hablar de dos dimensiones que pueden ser diferenciadas y de algún modo relacionadas. Al contrario, toda inmanencia presupone siempre una univocidad ontológica, único modo según el cual es posible evitar toda jerarquía o trascendencia. Por esta razón, es más preciso hablar de “expresionismo ontológico” y no de dos dimensiones que se relacionan de modo inmanente. Habiendo dos polos, toda inmanencia es precaria; solamente tenemos lo existente en su multiplicidad indefinible, el cual se dice o se expresa de modos diferentes y determinables⁹. Inmanencia quiere decir, entonces, lo dado dándose, expresándose de modos variados y diversos y, eventualmente, diferentes¹⁰.

Llevada esta conceptualización al problema de la técnica, es posible afirmar que la relación de inmanencia entre lo técnico y lo tecnológico que anteriormente afirmábamos, esto es, el hecho de que aquella se diga o se exprese en estos, permite que los propios modos tecnológicos se den de modo múltiple en su singularidad, desvelándose en el campo general de sentido técnico de la época. Sin embargo, por otro lado, el hecho de que el modo de ser técnico, nuestra concepción técnica del mundo, se de cómo expresión de una multiplicidad, lo tecnológico, implica que aquella nunca podrá constituirse en un marco de sentido unificado y, a partir de eso, en un eventual monopolio en la producción de sentido de mundo. Si lo tecnológico es una producción diferencial y múltiple, en el seno de una producción técnica repetitiva, -y esto es lo importante, mayoritariamente la técnica es obliteradora en su repetición mecánica, pero no de modo absoluto-, esta producción diferencial minoritaria impide la totalización del modo de ser técnico. Hay siempre un exceso de producción en el plexo tecnológico con relación al cálculo como esencia de lo técnico, y este suplemento abre el ser técnico a su propia auto diferenciación. Por lo tanto, lo que define la técnica, es mucho menos el cálculo que la vertiginosa producción, este es su denominador mayor. Lo tecnológico y su expresión mundificante, lo técnico, son sin dudas dominantes, abortivos de nuevos

⁹ Aquí el radical spinozismo de Deleuze. Para una lectura más detallada, sugerimos nuestro texto...

¹⁰ Heidegger es sensible a esta problemática, todo el comercio entre lo óntico y lo ontológico, bien como la gramática que determina la dinámica de lo velado y el desvelamiento, apuntan a la necesidad de una inmanencia; resta saber si el joven lector de Duns Scot fue suficientemente sensible al problema de la univocidad. En este sentido, y también por lo anteriormente analizado, no nos parece que Heidegger llegue a afirmar como sería necesario el concepto de inmanencia.

mundos y un peligro real, pero este es apenas un aspecto; en virtud de su propia naturaleza de multiplicidad abierta constituida dinamizada a través del universo de las más variadas producciones, este registro siempre excede el cálculo, el método y las exigencias ontológicas originales del modo de ser técnico basado apenas en la demanda y el cálculo.

Sin dudas, rápidamente esta producción diferencial es incorporada a la repetición y a la producción mecánica dominante de la técnica a través de los medios tecnológicos ya constituidos, pero ya es tarde, un nuevo vector de sentido fue abierto en la mundificación, y sus consecuencias imprevisibles.

A modo de consideración final

Si la técnica es un modo de ser propio de nuestra época, lo que la define es la multiplicación y la aceleración¹¹, de la dinámica de producción, en todos los registros. Es esta radicalización, casi una hipertrofia del modo de ser productivo que invierte toda la signica heideggeriana; de ser el mayor peligro, la técnica pasa a ser el horizonte, casi la condición de posibilidad, de una producción realmente diferencial, y, por lo tanto, efectivamente productora de nuevos campos objetuales y de nuevos marcos de pensamiento. No es posible negar el peligro de la técnica, pero, para no tomarla de modo totalizante e identitario, y apenas localizarla en la progresión de alguna historia que podamos imaginar, debemos estar atento a sus potencias productivas y a su endógena capacidad de rasgar su dominio en la comprensión de mundo.

Tal vez sea eso lo que quiere decir el poeta recordado por el filósofo cuando afirma que en el peligro crece lo que salva. Pero entonces, ¿para que un nuevo Dios?

Bibliografía

CRAIA, E. *A problemática ontológica em Gilles Deleuze*. Edunioeste, Cascavel, 2002.

¹¹ Por este motivo, tal vez una dromología, como quería P. Virillio, sea más apropiada que una epistemología a la hora de pensar la técnica. En efecto, la velocidad es otro factor central en este contexto. Por tal motivo sería importante analizar el lugar de la noción de velocidad en la polémica en torno de los onus y bonus de lo técnico. Esta centralidad se basa en el hecho de que aquello que torna particular nuestra época es, justamente, su metamorfosis ontológica de la velocidad, sobre todo de la velocidad de producción. Como ejemplo de la preocupación que esta constatación produce, podemos indicar las reflexiones del gran especialista en guerra y principal *dromólogo* contemporáneo, Paul Virilio. (en particular, VIRILIO, 1996, p. 52).

DERRIDA, J. *Del Espíritu: Heidegger y la pregunta*. Pré-Textos, Valencia 1989.

HEIDEGGER, M. “La pregunta por la Técnica”; en: *Conferencias y artículos*. Ediciones del Serbal, Barcelona, 1994; pp. 9 – 37.

VIRILIO, P. *Velocidade e Política*. São Paulo: Estação Liberdade, 1996.